

*Primer Premio del Concurso de cuentos sobre el eclipse "Conjunción", convocado por el Colegio de Ciencias y Humanidades.*

## SOMBRA DE FLOR

Francisco Javier Botello López \*

**A**l sentir un extraño escalofrío recorriéndole desde los pies hasta la cabeza, Xóchitl se dio cuenta que el jículi empezaba sus efectos. Era la primera vez que lo comía, y lejos de sentir algún efecto desagradable como pensaba, sentía gran energía y viveza. Tal vez por eso se lo habían dado: para sentirse orgullosa y feliz de haber sido elegida para ser entregada al dios del sol. Así al aparecer después de ocultarse tras la luna, no traería consigo desastres, como la última vez: temblores de tierra que desaparecieron el manantial más cercano.

Se apartó de sus pensamientos al sentir que la empezaban a despojar de su ropa y en su lugar ponían una vestimenta tan esplendorosa y rica en oro y cuentas que en otro momento le hubiera parecido hermosa y llena de vida. Aun después de tener los brazaletes y collares deseaba que otra mujer hubiera sido la elegida; pero para los sacerdotes ella era quien complacería más al dios, evitando así los desastres predestinados.

Al salir de la habitación vio un día bello, mucho más que cualquier otro; la frescura del aire se le metía en los pulmones y al mismo tiempo el sol calentaba su cara. Por ese momento olvidó su fatal destino, pero al llegar a la Avenida de los Muertos miró hacia adelante, casi al final de la calle se erguía majestuosa la pirámide del dios sol, y conforme se acercaba más y más a ésta iba sintiendo miedo, pánico, algo indescriptible... Sin embargo, logró superarlo y siguió caminando precedida por

\* Escuela Nacional Preparatoria núm. 6.

el sacerdote y seguida por doncellas. El hecho era un gran honor, pues se le reconocería como la mujer más pura y hermosa del pueblo.

Al llegar al pie de la pirámide las doncellas se separaron y sola se quedó en compañía del sacerdote, quien al verla indecisa la miró rudamente, logrando que subiera atrás de él; entonces sintió los escalones muy angostos y la pendiente casi vertical. El jículi le proporcionaba una ligereza asombrosa y sus descalzos pies no sentían la larga travesía. Al mirar el cielo vio que al igual que ella estaba llegando a la cúspide de la pirámide; el sol ya casi estaba en el centro del firmamento.

Cuando llegó a la plataforma de sacrificios, en lo alto de la pirámide, miró al gran sacerdote, parado. Enseguida, cuando se acostó vio cómo el sol se empezaba a ocultar detrás de la luna, tal como lo habían predestinado. Entonces supo de lo inminente de su sacrificio, pues pronto, si el sacerdote continuaba con la razón, el sol se ocultaría completamente y a ella le sacarían el corazón para ofrecerlo al dios.

Los momentos siguientes le parecieron la eternidad; sentía urgencia de pararse y correr hasta estar fuera del alcance de cualquier sacerdote, pero le detenía el pensar en su pueblo ante la ira del dios sol.

Después de bastante tiempo, según ella, el sacerdote se acercó y le descubrió el pecho; la oscuridad era casi total, pero alcanzó a ver antes de cerrar los ojos cómo el sacerdote tomaba un cuchillo, lo alzaba y lo mantenía en alto mientras murmuraba unas oraciones.

Dalia se volvió hacia la ventanilla del coche y se dio cuenta de que ya casi llegaban; entonces sacó de su bolsa la pelota de mezcalina y después de

haber tomado lo suficiente para "ponerse bien", la pasó a sus cuates que gustosamente la empezaron a comer y a tragarla con ayuda de agua. Ese año era el mejor; había conocido por fin a personas buena onda y divertidas, lo cual no le ocurría desde que saliera de la secundaria.

Al volver la vista a su lado izquierdo vio a su novio, tal vez un poco recordete pero fregón en su forma de ser. Sintió su suerte al relacionarse con él: con 19 años y no conocía a otra persona tan buena onda. Antes, más chica, cuando se miraba al espejo, veía simplemente a una joven delgada de cabello negro, tez morena y unos ojos que según él eran los más negros que había visto, pero ahora no necesitaba mirar su reflejo para conocerse, simplemente prefería revisar dentro de sí y mirar quién era, no en apariencia, sino realmente.

De pronto, sintió cómo el coche aminoraba la velocidad y supo que llegaban a la desviación hacia las pirámides de Teotihuacán. Decidieron ir de improviso, pues pensaron en lo interesante de ver el eclipse desde lo alto de una pirámide.

Al llegar se sorprendieron de la soledad del lugar. Pensaban que estaría lleno de gente, que a todos se les habría ocurrido lo mismo, pero al contrario, sólo estaban algunas personas vendiendo objetos, como conchas de mar en forma de caracol, que al soplarles por un extremo emitían un sonido bastante fuerte. Después de sacar de la guantera los negativos de película necesarios para poder ver el eclipse sin el peligro de quedarse ciegos, se dirigieron a la Pirámide del Sol.

Empezaron a subir. En ese momento sintió el inicio del efecto de la mezcalina. Desde los pies hasta la cabeza ascendía un cosquilleo dador de ener-



gía. Todos los lugares por donde pasaba se vitalizaban, y ya en el cerebro le explotaba, llenándolo de viveza y alegría, conseguidas sólo al ingerir el extracto del peyote.

Después, ya no sintió ni cansancio, ni hambre, ni el viaje.

Al terminar de subir miró el cielo; el eclipse ya había comenzado. Así que se acostó y por periodos cortos, descansando la vista y a través de los negativos, veía cómo poco a poco la luna tapaba al sol. Le parecía sorprendente que el sol, siendo cientos de veces más grande que la luna, pudiera ser cubierto completamente desde el punto de vista de la tierra y que ella, Dalia, estuviera precisamente observando un eclipse total de sol.

Estaba casi por cubrirse completamente el sol, así que apartó la película fotográfica y cerró los ojos por unos

segundos para descansar la vista y poder ver mientras durara la totalidad del eclipse.

Al cerrar los ojos supo que había comido demasiada mezcalina y llegó a sentirse temerosa, pero una larga nota salida de una concha de caracol le impidió terminar su pensamiento. Quizás alguno de sus amigos había comprado uno, o quizás era algún vendedor tratando de seducir para la compra.

Pero al abrir los ojos miró cómo una figura majestuosa vestida con grandes atuendos bajaba rápidamente un gran cuchillo, lo último que sintió fue cómo le escurría la sangre por el pecho desnudo.

Xóchitl ya no aguantó más y gritó; al abrir los ojos vio con sorpresa a un extraño hombre blanco hablándole en una lengua extraña.

